





ANIMA REQUIEM



Juan Luis Hernández

ANIMA REQUIEM



Primera edición: mayo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Luis Hernández

ISBN: 978-84-18663-80-2

ISBN digital: 978-84-18663-81-9

Depósito legal: M-12781-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para mis padres*



## AGRADECIMIENTOS

*A mi hermano Mario Wilder y a milady Laura, cuyas ideas, críticas y sugerencias terminaron por dar la forma definitiva a la novela. A ellos, mi más profunda gratitud.*

*A sir Moisés el Alto y a los Caballeros (O.:P) Croscopio e Ítbaca, primeros lectores de la versión definitiva. Por acabarla y no tirármela a la cabeza con propósitos lesivos.*

*¡Y qué demonios!... A Mozart y a los Tres Mosqueteros.*



## INTROITUS

Vistahermosa, provincia de Camagüey, Cuba. 1874

El humo negro de las lámparas de petróleo hacía de pintura de fondo. El olor acre producido por su combustión, mezclado con la pestilencia emanada por la multitud de enfermos allí hacinados, el aroma que saturaba en el ambiente. El cuadro se completaba con soldados apostados en las ventanas —cubiertas parcialmente con colchones amarillentos y sacos de arpillera rellenos de arena—. Estos, en tediosa duermevela sobre sus fusiles Remington, se autoinfligían bofetadas intentando despanzurrar algún mosquito de la infinidad danzante por el chamizo que servía como hospital.

Del exterior llegaban los sonidos nocturnos de la manigua pantanosa. La salvaje extensión rodeaba el campamento español, haciendo eco al murmullo de letanías y quejidos ahogados de los desgraciados. Los ronquidos de otros, con más suerte, aportaban su particular contraste a la escena. Se morían; pero incluso en aquel mal chiste de dispensario, entre los moribundos, los había con más o menos fortuna.

A la cabecera de uno de los camastros, mal iluminados por una linterna de aceite, se encontraba sentado un oficial con la tez cansada y ojerosa. Inclinado sobre el enfermo cadavérico que ocupaba la cama, recogía en una cuartilla las palabras que este intentaba expresar con voz exhausta.

—... «Se despide vuestro hijo que os quiere, deseando que la llegada de estas líneas os encuentre con salud y felicidad». ¿Sabes firmar? —preguntó el oficial médico.

—Sí, mi capitán. A hacer el nombre me enseñaron allá en el pueblo para ponerlo en los recibí del capataz de la bodega cuando le llevábamos la uva con el carro.

El moribundo, ayudado por el médico que le sujetaba la tablilla a modo de improvisado escritorio, alargó una temblorosa mano hacia la pluma que este le tendía, garabateó con esfuerzo una fila de hormigas sobre el papel y volvió a recostarse entre temblores y sollozos ahogados.

—No tengas miedo, José —animó el médico poniendo su mano sobre el hombro del soldado.

—No, si miedo no hay, mi capitán —respondió entrecortadamente el desahuciado. Si ya nos explicaba don Jerónimo, el cura del pueblo, que esto es un valle de lágrimas y que había que resignarse a pasarlo entre mucho llanto y unas pocas de alegrías. Y también que cuando uno la espicha... vamos, que muere quiero decir... el alma sale del cuerpo tan campante para irse a los cielos o, a donde Dios tenga a bien mandarla, dejando atrás el cuerpo con sus enfermedades y cuitas.

El oficial médico observó, con la frustración del que va a perder a otro de sus pacientes, la cara sudorosa y amarillenta del soldado. Pertenece ya al más allá. Acallando su impotencia con resignación, dio hebra a las palabras del enfermo.

—El alma, ¿eh?

—Claro, mi capitán. El alma. Usted cree en que hay, ¿no? Porque... haber *tíé* que haberla, vamos, digo yo..., bueno, y don Jerónimo, claro está. Que como usía sabe mucho de lo suyo y hombre... que el que la lleva la entiende.

El médico sonrió conmisericordioso ante el debate de aquel pobre condenado, buscando las palabras en su mente agotada para no herir los sentimientos del enfermo en el que, con honda tristeza, distinguía claramente los síntomas terminales de la dolencia que él mismo empezaba a sufrir.

—Yo, José, soy un científico y solo creo en aquello que veo. Aunque a veces, para ver, primero hay que buscar.

—No se preocupe, mi capitán. Usía es listo, el más listo de toda esta maldita isla. Si existe, usía la ha de encontrar —pronunció mientras cerraba sus ojos amarillentos, dirigiendo su ciega mirada al techo de cañas—, y si no existe... pues mala tarde.



## I. KYRIE

*Y si no aún me excita mi oficio,  
y como además sale gratis soñar  
y no creo en la reencarnación,  
con un poco de imaginación  
partiré de viaje enseguida  
a vivir otras vidas,  
a probarme otros nombres,  
a colarme en el traje y la piel  
de todos los hombres  
que nunca seré*  
J. SABINA

Albacete. Más de un siglo después

Los tintineos en el cristal de la puerta hicieron que el numismático, con inequívoca pinta de numismático, levantara la vista de la lupa retro iluminada que ampliaba la enésima moneda clasificada en lo que iba de día. En el corto recorrido visual y, mientras enfocaba su vista a la puerta del establecimiento, se preguntó para qué coño se había gastado un dineral en instalar un timbre y un enorme cartel en la entrada anunciándolo. Tras el cristal encontró la figura barbuda de un hombre casi en harapos que le sonreía con su boca amarillenta y mellada. Con un suspiro de hastío hizo ademán de volverse a su lupa, pero un destello captó su atención procedente de la mano de lo que a sus ojos era otro despojo humano. Su vista

se agudizó con dejes de urraca y maldita sea si no sabía distinguir el oro a la legua por sonido o vista.

Se levantó del sillón rodeando la mesa que lo defendía, cogió el mando de la alarma y, con la precaución de un novato domador de leones, se fue acercando a la puerta con el dispositivo apretado, como si fuera el mango del látigo o la silla de distraer enormes felinos circenses. El hombre de la puerta aumentó su desigual sonrisa y dejó de tintinear el cristal con el dorado objeto, poniéndolo con un golpe suave y seco contra el cristal cuando el dependiente estaba ya a pocos pasos del él; separados, eso sí, por un cristal blindado.

Desde la distancia que consideraba la mínima prudencial entre la puerta y su límite de visión, distinguió una moneda de oro con escudo real. Dio otro pequeño paso más. El escudo, sin duda ahora, era el del primer Borbón y estaba rodeado con el Toisón. Por el tamaño... ocho escudos. Un paso más. INITTUM:. SAPIENTIAE:. TIMOR:. DOMINI:. J. Leyó con la nariz casi pegada al cristal. J era... ¿Guatemala? Sí, sí, sin duda, Guatemala. Su cerebro mandó señales desde la zona de contabilidad arrojando cifras aproximadas a las centenas de mil. Todo dependería, pues, del año de acuñación. En ese momento, como si el vagabundo oyera sus pensamientos pecuniarios, dio la vuelta a la moneda. 1733. Rarísima. En el momento en que pudo ver el año el hombre sacó y abrió la otra mano que guardaba en el bolsillo de su roído gabán, ofreciendo a la vista del pasmado dependiente un puñado de las mismas monedas que este ya podía oler tras el cristal blindado.

Ya fuera por las historias que circulan de anacoretas que viven en la más absoluta inmundicia —acomplejados por un fuerte síndrome de Diógenes— y bajo el colchón guardan tesoros, o bien por la ausencia completa de escrúpulos que adornaran al dueño del establecimiento de compra venta, el caso era que este no tuvo reparo en aceptar, después de comprobar una a una el medio centenar de monedas puestas delante de sus narices (sin soltar el mando de la alarma, que lo cortés no quitaba lo valiente y la vida no solo está

llena de golpes de suerte como aparentemente lo era aquel, sino que también está plagada de audaces robos a plena luz del día en calles tan concurridas como era la del Rosario) que aquel extraño vendedor —Diógenes/Autólico/Judas o quien diablos fuese— le hacía la oferta de su vida contentándose con la mitad del valor que él, como honrado numismático, había tasado. Como en los buenos negocios que había visto en las películas, escribió la cantidad en un papel antes de deslizarlo sobre la mesa expositor mirándolo, por primera vez, a los ojos con esa mirada estrábica que ponen algunos jugadores de póker. Pero ni eran 30 monedas, ni eran de plata; eran 50 y de buen oro de Indias que los españoles de entonces tampoco tuvieron reparo alguno en aceptar de la Divina Providencia, en pago de sus desvelos para evangelizar y llevar la civilización a los rincones más recónditos de las selvas.

El señor, anteriormente conocido como *Despojohumano*, salió del establecimiento precedido por el numismático que le sostenía la puerta en acto servil. Se confundió en la marabunta de gente que subía y bajaba por la calle Ancha cargada de bolsas y siguió esquivando gente hasta desembocar en Tesifonte Gallego. A esas horas del mediodía, de un sábado cualquiera, la calle funcionaba como una arteria que asumía el más variopinto tráfico de transeúntes marchando en todas las direcciones posibles, sorteando bancos de piedra, puestos de flores y testigos de Jehová que gustaban de pasar la mañana preguntando aleatoriamente si tenían un momento para hablar de su dios. Que ya eran ganas.

Lo siguiente de la lista era hacerse con un atuendo algo menos llamativo. Empezaban a incomodarle un poco las caras avinagradas de la gente con la que se cruzaba y lo miraban de soslayo. Eso quien lo hacía, porque los más apartaban la vista como si de repente algún conocido los saludara desde algún balcón, o esperarían encontrarse un billete tirado en el suelo. Al lugar al que iba convenía no producir esos efectos para hacer su cometido lo más discretamente posible. El fajo de billetes nuevos y crujientes que

guardaba en el bolsillo le facilitaría esa tarea en cuanto encontrara algo de ropa más de su gusto.

Los escaparates de las tiendas que flanqueaban el barrio comercial ofrecían sus mercancías con el orden y calidad deseadas. A los pocos pasos se detuvo frente a un establecimiento con firma italiana. Precisamente, vistiendo a un famélico maniquí, encontró el tipo de ropa que llevaba en mente. Sin pensarlo mucho se dirigió a la entrada cubierta por un toldillo rojo y abombado. Iba pensando en un traje oscuro, de lana inglesa, con corte sobrio y elegante cuando una enorme mano se interpuso en su camino. A la manaza iba pegada un brazo, y al brazo —que le tapaba todo el campo visual— un armario de dos puertas enfundado en traje negro con camiseta. «Los hay horteras». En contraste con aquella mole, una pequeña cabeza calva con barba poblada y mueca de desagrado profesional de la que emanaba un rotundo «tú aquí no entras» y reafirmado por sus ojillos de bola ocho. «Lo mato», pensó el frustrado comprador al mismo tiempo que desechaba la idea. Con un suspiro echó mano dentro del raído gabán para sacar uno de los billetes recién adquiridos, a ver si a la vista del fulano *encorbatado* en fondo azul el armario levantaba la barrera y le franqueaba el paso. Este lo miró de arriba abajo y con una sorprendente agilidad se colocó a escasos centímetros de Despojohumano con una mueca de asco. Notaba cómo se tensaban los músculos debajo del traje negro y los del cuello. «O te vas, o te parto en siete el alma», decían sus ojillos de escualo. Por las buenas poco quedaba por hacer, los tiempos cambian, ya no se respetan ni los viejos códigos del soborno. Lo de pasar desapercibido empezaba a ser un coñazo. Chasquéo la lengua dentro de su boca mellada, miró a la cara del *segurata* y, antes de darse media vuelta, con una media sonrisa dijo:

—Ya nos veremos, José Ignacio Cuenca. Ya nos veremos.

Dejó al armario mirándose la placa de identificación colgada de su hinchado pecho y remontó el paseo buscando esta vez tiendas que no tuvieran guripa en la puerta. Empezaba a estar de mal humor y otro altercado similar podía acabar con su idea de no

llamar la atención antes de tiempo. Eligió una tienda que, sin tener la clase de las anteriores, disponía de una fauna más variada y sin obstáculos en la puerta automática que se abrió a su paso. Casi agradecido por la amabilidad técnica, se dirigió a la sección Hombre y comenzó a pasar la mirada de un horror a otro. «Mierda de moda la de hoy».

La recepcionista del hotel Los Llanos miró hacia su compañero, que atendía en ese momento al teléfono. Ante ella un hombre sin equipaje, desaliñado, alto, huesudo, con barba larga canosa y el pelo recogido en coleta pedía una *suite*. Iba vestido como uno de esos tristemente famosos Ángeles del Infierno: chupa de cuero tachonada, camiseta de los Ramones, vaqueros pitillo y unos náuticos que debían corresponder a un 52 de pie por lo menos. Su aspecto difería con mucho de lo que solía frecuentar el hotel, pero la mirada de su compañero parecía decir: «acuérdate de los alemanes de la semana pasada». El asombro y desconcierto llegaron cuando el motero del Infierno sacó un fajo de billetes azules del bolsillo interior de la chupa y los puso en el mostrador.

—¿Desea acceso al parquin para su moto? —acertó a decir la recepcionista. Aunque no veía casco por ninguna parte.

\*

Pasó una mano por el espejo llevándose el vaho formado. Tras el corte de pelo y afeitado, el resultado lo dejaba algo más satisfecho.

«Si no fuera por los dientes ausentes incluso tendría buena pinta, aunque el cuerpo no está para muchos trotes».

Salió a la habitación con el albornoz blanco y abrió el minibar, camuflado en el mueble debajo del televisor, para servirse una generosa copa de jerez. Sobre la cama yacía una funda portatrages con la firma italiana, a cuya tienda la entrada le había sido negada, bordada. Tras el primer trago, y con gesto aprobador, felicitó de

pensamiento al empleado del hotel al que le dio medidas, marcas y un par de billetes extra para sus vicios. Había hecho un buen trabajo. En el balcón la temperatura era fría pero reconfortante. Las vistas daban a la arboleda de un enorme parque que en aquella hora, cercana al ocaso, se cubría de niebla. El resultado era una perfecta imagen bucólica de cuadro romántico. El sorbo de vino bajó rápidamente por su cuerpo haciéndole más agradable, si cabe, el espectáculo. Que estuviera trabajando no le impedía hacer el momento lo más llevadero posible. El sol caía dorando los edificios que tenía a su alrededor y, haciendo ademán de mirar un reloj inexistente, se dijo que ya se iba haciendo hora.

La llamada desde el teléfono de la habitación, salir hasta el vestíbulo —guiño a la desconcertada recepcionista incluido— y subirse al taxi que ya le esperaba en la puerta fue todo uno. Sin responder al saludo del conductor dio la dirección:

—Al Hospital General, tendrá una buena propina si llegamos antes de diez minutos.

\*\*\*

Ciudad Capital. Misma época (aunque allí a nadie le importe)

—Fumas demasiado —dijo mirándome de soslayo.

Paré de rebuscar el cigarrillo con la mano metida en el cajón de la mesilla de noche. Suspiré. Ya estábamos otra vez. Seguí con mi tarea extrayendo un *lucky* del arrugado paquete verde que guardaba allí. Con él en la boca lo encendí antes de contestar:

—No creo que me mate.

Soltaba la primera bocanada de humo a la vez que rellenaba el vaso con whisky. Lo seco de mis palabras no pareció hacer mella, o tal vez por eso continuó con sus reproches.

—También bebes mucho —insistió, recordándome otro de mis vicios.

—Da calor, me recuerda a los vivos.

Me miró, ahora de frente, sin entender nada antes de preguntar:

—¿A los vivos? ¿Pues que ahora estás muerto?

—Muerto de aburrimiento de estas conversaciones de después.

Con un latigazo seco de cobra se dio la vuelta sobre la almohada, enfadada, soltando mi brazo y dándome la espalda. Una bellísima y blanca espalda, por cierto. Solté otra bocanada de humo que se cortó en el aire con la tensión que empezaba a impregnar el ambiente.

Katherine Kovak en la gran pantalla; Ilsa Köepp de verdadero nombre. Solía hacer dramas delante y detrás de las cámaras. Pero de un tiempo a esta parte representaba sus sainetes melodramáticos con una frecuencia que comenzaba a resultarme molesta. Hacía ya algún tiempo que no actuaba en ninguna producción de

calado y el aburrimiento la atenazaba cada vez más a menudo. Yo iba a verla cuando mi trabajo en la Comisaria Central me lo permitía, pero empezaba a no ser suficiente para ella. Quería más y no perdía oportunidad para demostrármelo, tanto en lo bueno como en lo malo. Me incorporé y comencé a vestirme con el cigarrillo aún humeando. Noté cómo se volvía a medias hacia mí.

—Un día de estos vendrás y no te abriré, teniente Heartwood.

Solo me llamaba así en las ocasiones en que se enfadaba o quería que la «arrestara por exhibicionismo», y ahora mismo era, a todas luces, de las primeras. Terminé de vestirme recreándome con parsimonia; cogí mi arma enfundada en sobaquera y mi sombrero al tiempo que me dirigía hacia la puerta de la habitación.

—¿A dónde vas a estas horas? —preguntó desde su fuerte de sábanas y almohadones de satén blanco.

—Tengo trabajo. Es urgente —respondí abriendo la puerta.

—Claro, ¿cómo no? Todo es más urgente que yo. La próxima vez que no tengas otra cosa que hacer que pasarte por aquí, no te molestes en hacerlo, no te abriré.

—Vamos, nena, no te enfades, ya sabes cómo funciona esto.

—Déjame, ahora mismo no sé ni por qué te dejo entrar.

—Porque te encanta joder conmigo —dije, recordándole a mi vez uno de los suyos.

Cerré la puerta tras de mí, justo en el momento de oír cómo se hacía añicos el gran cenicero de cristal al chocar contra ella.

El aire frío y húmedo del Lete me golpeó suavemente al bajar las escaleras de la casa. La calle estaba tranquila, aromas de verbena y galán de noche. La luz de las farolas se reflejaba en los adoquines húmedos del firme. Mis pasos comenzaron a resonar sobre ellos haciendo ecos sobre las fachadas de las casas de estilo modernista que conformaban el barrio residencial al sur de la ciudad. Se veían pocas luces en los sobresalientes balcones ordenados en línea a ambos lados de la calzada. Por lo menos en aquella noche los continuos apagones generales, que se estaban convirtiendo en tónica prácticamente diaria, daban una tregua. Visto que el suministro

eléctrico parecía funcionar con normalidad me decidí con alivio —la caminata hasta mi destino era más que respetable— a coger el tranvía, que no tardó en pasar dirección centro. Me subí al paso, sin esperar a que se detuviera, en la esquina inmediata a la casa y, con suave marcha, descendimos hacia donde debería cambiar de transporte para cruzar el estrecho Kalinov que separaba a la Ciudad con la isla de San Michele, donde tenían sede los edificios gubernamentales de Aduanas y Migración. Un destino habitual en mi agenda.

En contraste con la solitaria rúa, el tranvía iba atestado de gente animada en conversaciones, lecturas o intentos, con más o menos fortuna, de flirteo entre los viajeros. El ambiente en el interior del vehículo era festivo y colorido por sus ocupantes, que vestían sus mejores galas rumbo de los casinos, cabarets y demás antros lúdicos que inundaban el centro de Ciudad Capital. Desde militares de alta graduación con sus doradas charreteras, hasta damas de la alta sociedad de la capital. Pasando, además, por gran número de bohemios, hombres y mujeres de cuerpo atento y mente distraída, y músicos que parecían contener, a duras penas, las ganas de comenzar a darle brío a los instrumentos que portaban, ya en funda, ya sin otro recubrimiento que los dorados o los barnices.

Tras sacar un cigarrillo de la pitillera de plata —regalo, tal vez, de una agradecida ciudadana de la que no recordaba ni el nombre—, y darle unos suaves golpes sobre el metálico estuche, me dediqué a intercambiar miradas con una de las cupletistas que acompañaba al grupo de músicos ansiosos. Por pasar el rato, más que nada. Era pequeña, de pelo negro modelado en forma de casco. Tenía la nariz graciosa y unas piernas moldeadas recubiertas por medias negras de rejilla, cruzadas una sobre la otra. De su corpiño rojo con ballenas doradas sobresalía un generoso escote hacia el cual me invitaban sus ojos achinados. Pero el trabajo era urgente, y yo me bajaba en la próxima parada. Retuve en la memoria el nombre de la banda impresa en la funda del chelo del músico sentado a su lado para buscarla cuando la ocasión se terciara más propicia. El tranvía paró. Llevándome la mano al ala de mi Christys gris, me

despedí de ella antes de apearme del vagón, que se alejó con los *trolleys* produciendo chispas azules que centelleaban en su camino cuesta abajo.

Caminé los cien metros que me separaban de la estación fluvial del Kalinov y embarqué en el ferry Flegias rumbo a San Michele, que se alzaba majestuosa y solitaria en el centro del enorme ensanche del río Estigia, el cual bordea toda la costa norte del Distrito Centro. San Michele es un enorme islote de altos y lisos acantilados blancos, en cuyo interior hueco transcurren los interminables pasillos, dependencias, despachos y demás instalaciones del Ministerio de Aduanas y Migración. Los blancos farallones le dan un aire a murallas de una fortificación en forma de letra C. La parte central de la isla está formada por un valle con una fuerte vegetación de coníferas que llega a nivel del agua en forma de plataforma donde se erige la estación fluvial —diseñada al más puro y grandilocuente estilo Eiffel, por él mismo—, más concurrida de todo el país. Esto hace que el Flegias tenga en su travesía que virar a babor y poner rumbo hacia un embarcadero más modesto destinado a funcionarios del Gobierno.

Pasé los diversos controles, con mi placa en alto, adentrándome en la mole blanca a través de las puertas megalíticas que iban separando las distintas estancias y departamentos. Resonando a cada paso sobre el suelo de mármol negro, me detuve ante el puesto de control cuyos ascensores dan acceso a la parte subterránea del Ministerio. Si la parte visible de la isla es imponente, no es más que la punta del iceberg. Es la parte inferior, la sumergida, la que abarca más del noventa por ciento de la construcción. El ascensorista, un carcamal de las guerras púnicas vestido con un vistoso uniforme de terciopelo verde, botones dorados y sombrero chato con el barboquejo calado hasta la nuez, me reconoció al punto. Con voz cavernosa indicó:

—Departamento de Ingresos Forzosos, nivel menos 7. Bajando —accionó la palanca, a la que vivía pegado, y con un molesto timbrazo comenzamos el descenso.

Un funcionario con aspecto de no haber dormido en varios lustros con la corbata metida entre la abertura del tercer y cuarto botón de su arrugada camisa me acompañó hasta una modesta sala en la que había una pequeña mesa de madera ajada, un par de sillas del mismo material y una mujer pelirroja que, de no ser por su complicado estatus actual, debía de ser rotundamente impo- nente. Su figura se removía inquieta en el lastimero asiento. Vestía una camisa de seda de mangas largas y vaporosas de lo que había sido un immaculado blanco nuclear. A través de los desgarros en la tela de los codos y de los hombros se veían los restos de sangre coagulada y amarillentos hematomas que sugerían traumatismos de mayor extensión. La falda de corte ejecutivo y las medias negras hechas jirones daban un aire corporativo al desgraciado conjunto. Di la vuelta a la silla, que emitió un crujido cuando me senté a hor- cajadas. Puse sobre la mesa una pequeña libreta, pitillera, Zippo y despedí al funcionario que permanecía en la puerta con cara alela- da con un golpe de mentón.

—Señorita... —empecé con la libreta abierta y pasando unas hojas— Ramírez Costa. ¿No es así?

—No —contestó con la mirada desafiante de quien ya ha negado, gritado, negociado, llorado y aceptado que no tiene escapatoria posible—. Señora.

Aquella corrección la hizo clavándome más aún la mirada. En su cara se alternaban los moratones cubiertos por sangre seca y restos de maquillaje. El pómulo derecho estaba abierto por una fea herida de corte con abrasión que dejaba al descubierto parte del arco cigomático. A la altura del pecho derecho, cubierto por un sujetador negro de encaje y un jirón de la camisa, tenía una herida de entrada de lo que parecía algún tipo de arma blanca, fina, a juzgar por las dimensiones. Subí con la mirada hacia su cara, pero me detuve a medio camino en el cuello, también con hematomas profundos a su alrededor. «Tenía que tomar nota de acordarme de tomar nota de aquellos detalles».

—Sí, disculpe. Señora Helena Ramírez Costa.

Encendí un cigarrillo y se lo ofrecí. Ella lo aceptó con ademán de quien está acostumbrado a recibir ese tipo de atenciones.

—¿Podría decirme quién y por qué le han asesinado?